EL DEFENSOR DE CUENCA

SUSCRIPCIÓN

Capital, mes. 0,40 cts. Fuera, trimestre. 1,50 pts.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

NUMERO SUELTO 10 CTS. —:— Anuncios según tarifa

DIRECTOR PROPIETARIO

DON DIMAS de MADARIAGA

Diputado a Cortes

Semanario de Acción Social Católica y de información regional

AÑO II. NÚM. 15

Sábado 30 de Enero de 1932

La correspondencia del periódico dirijase a la imprenta

ADMINISTRACION: PARQUE CANALEJAS, 11

FRANQUEO CONCERTADO

UN NUEVO ECLIPSE

Nuestro espíritu se resiste a creerlo. En los hondos abismos del alma hemos experimentado profunda lucha, lenta y lacerante, entre la ilusión y la realidad. Nuestra inteligencia nos decía: «será»; y nuestro corazón, más compasivo que la inteligencia, nos consolaba musitando: «espera». La esperanza y la realidad han combatido, han guerreado despiadadamente entre sí; nos han tenido en una tensión fuerte, dura desabrida, y la ilusión a muerto a manos de la realidad: ¡La ínclita Compañía de Jesús ha sido disuelta y confiscados sus bienes!, según dispone el decreto publicado en la *Gaceta* del día 24 del corriente. Excusamos el comentario, porque la Ley de la Defensa de la República cohibe a la libertad la pluma del periodista; pero sí queremos dejar consignada nuestra protesta como españoles y como católicos

Dentro de unos días el benémerito Instituto desaparecerá de nuestra Patria; y con la desaparición de los Jesuitas, sufrirá un eclipse la antorcha luminosa de la cultura y de la civilización españolas.

Ellos se marcharán, y otras naciones darán hospedaje cariñoso, para que las gigantescas figuras de la ciencia que se llaman Rodés, Frías, García Villada y Baile; Vitoria, Navarro y Pérez del Pulgar; Eguía, Aicardo, Ferreres, Beraza, Llovera, Solá, Arregui y otros muchos muchos genios del saber (cuyos nombres omitimos por no alargar este nomenclador) vayan a iluminar las inteligencias de esos pueblos que saben apreciar el valor de unos hombres que se han hecho incomprensibles para los sectarios de su Patria.

Ellos se marcharán, y los observatorios de Tortosa y Granada, y las Universidades literaria y comercial de Deusto, y el Instituto Químico de Sarria - gloria del mundo del saber y centros santificados por el trabajo y la penitencia—, no percibirán ya las mágicas irradiaciones de aquellas potentosas inteligencias, abnegadas y siempre dispuestas a derramar, cual cataratas de luz, los torrentes desbordantes de sus preclaros conocimientos.

Los hijos de San Ignacio saldrán de su España, si quieren proseguir la obra de cultura; pero no marcadas sus frentes con el estigma infamante de malos patriotas predicadores de la rebelión, del asesinato ni del incendio, ni como azuzadores de la lucha encarnizada de clases—porque si así fuera, gozarían del derecho de asociación que disfrutan al presente comunistas, sindicalisas, anarquistas y socialistas—sino que saldrán «por la obediencia especial a la Santa Sede», lo cual es un timbre de honor y orgullo santo,por haber en ello «algo de sobrenatural bello y glorioso», como ha dicho el Pontífice reinante.

Los hijos de Loyola saldrán de España, pero no porque les haga imposible la vida la España genuinamente española; la España descendiente de los Recaredos y Pelayos; la que se agranda con la política de los Reyes Católicos, y se siente fuerte con Carlos V, y religiosa con el prudente Felipe II; sino la otra exótica, atea y librepensadora; la influenciada por una secta que no nació en el suelo español, y que tiene jurada la destrucción de la Iglesia Católica, si pudiese; esa sociedad que vive en las sombras, y maquina sus locuras de perversión en los antros de las logias; la Masonería, en una palabra, que—como dice el periódico de Barcelona *El Correo Catalán*—acordó en la Asamblea tenida en 1928 por la **Gran Logia Española**, emprender una activa campaña contra el Jesuitismo; y en su «Boletín» cuando la revolución coronó los esfuerzos sectarios—no se recató en acudir a sus adheridos para que exigiesen una Constitución antirreligiosa, ni en proclamar que los «Jesuítas son siervos del Vaticano y España un feudo de San Ignacio y eso no puede continuar así»; pero la España buena, la España católica, la España fecunda en héroes y santos; ésa alaba y bendice y se une en fraternal abrazo con los perseguidos, para alentarlos y consolarlos en la tribulación, rogando con ellos por los que, ciegos de pasión sectaria, han asestado una puñalada en el corazón de la cultura nacional.

Los caramelos rusos

(Peripecias de un Gobernador de provincias)

HISTORICO

Sucedió hace un par de meses. Fué en una capital provinciana. En ese tejemaneje a que muchos se dedicaron con gran ardor para lograr un Gobierno civil, un simpático y talentoso escritor consiguió tal destinillo.

Lo primero que hizo al tomar posesión de su cargo fué mirarse al espejo por ver el efecto que le había producido la emoción. Y al mirarse sonrió, como sonrien los seres felices. Ya era todo un personaje; así, como suena, «un personaje».

El primer día que se sentó en el butacón presidencial de su despacho lucía una cara seria, una cara dura, que le iba muy bien. El propio secretario se lo dijo:

—Está usted en carácter Sr. Gobernador. Esa seriedad le sienta muy bien.

—¿Lo cree usted así?—preguntó el gobernador rebosando una satisfacción incontenible.

¡Ya lo creo!—respondió el secretario.

Terminó el diálogo. Desde aquel día el Poncio no ha vuelto a sonreir. Serio, siempre serio, como si tratase de dejar pequeñito a Buster Keatón.

Solía, de vez en cuando, dar un paseíto por las calles de la capital no más que por darse importancia. Lo mismo que Primo de Ribera cuando paseaba por la Castellana los domingos. Cierto día, al cruzar una bocacalle, se encontró de manos a boca con una pareja de la Guardia Civil. Estos, naturalmente, no le conocieron. Y allí fué Troya, porque según él todos los ciudadanos de la provincia tienen la obligación de conocer a su gobernador.

—¡Cuádrense!—les dijo, autoritario, con estentórea voz.

Los guardias, claro es, no le hicieron maldito el caso.

—¡Cuádrense he dicho!—repitió con la energía de un héroe.

—No tenemos la obligación de cuadrarnos cuando nos lo manda un cualquiera,—le respondió muy correcto un guardia.

—¿Ustedes saben con quién están hablando?—preguntó hecho un basilisco.

—No señor,—respondieron los civiles.

—¡¡Pues sepan ustedes que están hablando con el gobernador civil de la provincia!! ¡¡Cuádrense repito por tercera vez!!

Los guardias se cuadraron. Como un capitán general les pasó revista, y con el empaque de un actor se fué. Había tenido un éxito.

Camino iba del Gobierno Civil—regocijándose interiormente como un perfecto dichoso,—cuando acertó a pasar junto al escaparate de una pastelería. El primor del escaparatito y el olor de los pasteles—cuando los pasteles son buenos—tienen el poder del imán, atraen a los mortales llenándoles la boca de agua. Y como nuestro Poncio no es mas que un mortal simple o un simple mortal, que es lo mismo, se sintió arrastrado por el incitante olor y entró en la pastelería. La pastelera—una hermosa muchacha simpática y un poquito chungona—le preguntó sonriente:

—¿Qué desea?

—Sáqueme usted caramelos rusos—dijo él.

Cuando los tuvo en la mano preguntó:

—¿Son estos caramelos rusos?

—Sí, señor.

—Perdone, pero éstos no son caramelos rusos.

—Perdone—replicó con sorna la jovencita—, pero estos son caramelos rusos.

Al gobernador se le agrió un poco el semblante e insistió;

—Yo pido caramelos rusos, caramelos hechos en Moscú, auténticos rusos. (1).

—Señor, caramelos rusos es el nombre de esta clase de caramelos, aunque no estén hechos en Moscú. Así se les llama en todas partes, si no lo sabe. Y la voz de la muchacha se hizo un poco agria por ir a tono con la cara de su interlocutor. Este se creyó ofendido:

—¡Sepa usted que está hablando con el señor Gobernador civil!

—Tánto gusto—replicó con serenidad la chiquilla—, pero me sorprende que un señor gobernador no sepa lo que son caramelos rusos. (Pausa) Si le he ofendido, perdone usted...

—¡A un señor gobernador no se le trata de *usted* sino de *Excelencia*!

—Pues perdone su excelencia—dijo la bella guasona.

Hubo un silencio. Luego su *Excelencia* cambio un poco de tono y pidió:

—Póngame usted veinticinco céntimos. (Se desbordó comprando caramelos, eh?)

Y finalizó el diálogo. Los caramelos rusos pusieron en ridículo a todo un gobernador civil, flor y nata de la profesión y del gremio.

Desde entonces sigue más serio, con la cara como un vinagre, según el dicho castellano. No sonríe nunca, ni aun después de leer las múltiples notas que envía a la Prensa para dar fe de vida, como ha dicho un colega.

Pero, sin embargo, es feliz, porque ante él se cuadran los guardias civiles y los pasteleros le llaman «*Vuecencia*».

Jacinto TORÍO.

Madrid, 14-1-932.

(1) Para que no se extrañe el lector del interés del Poncio por los caramelos *rusos*, le diré que hasta hace unos días ha pertenecido a la C. N. T.

Cartas Ingénuas

Valdenegrete y enero de 1932.

Mi siempre querido tío: Bien movidica ha sío la semana pasá, pa no diferenciarse de sus hermanicas ende hace nueve meses; pues ha habío tiros en Bilbao y huelgas revolucionarias en media España, con movimiento de ceviles y soldados, como en la guerra. Ya más pa no dejar tranquilo a naide—, se han metío con los muertos difuntos en eso de secundizar los cimenterios y que no va a poder uno ni enterrarse onde quiera, después de fallecío, sin pedir premiso al alcalde pa esto. No me se alcanza los beneficios que pa la humanidad y pa el pogreso de la nación va a tener eso de secundilizar los cimenterios; pues creo que ansí no se va a criar más trigo ni va haber mejores cosechas, pero el caso es meterse con los vivos y con los muertos que pa eso hemos traío la República y hay que diferenciar de lo de enantes. Ya no serán composantos, sino cimenterios ceviles, que debe ser cosa mas civilizá.

Lo peor es eso de la revolución social comunista, que ha sío como un ensayo, pa otra vez hacerlo mejor, con toas las de la ley; pero lo que más meposma es, que hagan una revolución los comunistas y no dejen salir a un periodico de Madriz que no es comunista sino del otro lao. Yo creo que si hacen cosa mala los comunistas; castiguen a los comunistas; si lo hacen los carlistas, castiguen a los carlistas; y si son los jabalises, castiguen a los jabalises; pero que hagan unos una mala pasá y lo paguen otros, es cosa que no me cabe en la cabeza aunque la tengo grande; pero como uno sabe poquito, no comprende lo que hecen los que saben más.

Sabrá usté ío que el jueves fuide yo una presona importante en el pueblo, y eché un discurso que me lo han aplaudío y me han felicitao, porque estuve muy bien, aunque me esté mal el escribirlo. Verá usté lo que pasó. El jueves se dijo que por mandarlo un menistro se iban a quitar los Cristos que hay en las escuelas, y en su sitio poner esa fotografía de una mujer liá en una sábana con una bandera en la mano y un gorro colorao en la cabeza. Hubo mucho revuelo en el pueblo y fuimos mucha gente a decir a los maestros que no quitaran el santo Cristo crucificao de las escuelas, o no iban los chicos más. Dos maestros jóvenes que hay, que son muy güenas presonas y muy decentes en tó, nos hicieron caso y no los quitaron, pero el otro maestro que es manco, pa que sea güeno y muy esquinao que es, nos dijo que tenía que quitarlo pa cumplir con el mandao del menistro, y que escribiéramos un papel firmaos por muchos para que no quitaran el Cristo. Naide le hizo caso, y las mujeres emprincipiaron a chillar, y pa que la cosa no se pusiera peor, yo tomé la palabra, aunque naide me la había dao, y dije algo ansí como esto:

«Señor maestro: Ende que la República reina en España, es el pueblo soberano el que manda y hay que obedecer a su voluntaz, que pa algo es el soberano; y yo, en nombre de este pueblo soberano que es el que manda, mandamos al señor maestro que respete nuestra voluntaz; y ansí, como republicanos y cristianos que semos del pueblo soberano, queremos que sin más ni más se deje al Cristo en su sitio o se arma la de Dios es Cristo».

La gente me apludió muchísimo, y se puso el Cristo crucificao encima del sitio del maestro, dando vivas a la Religión, al santo Cristo, a España y a mí; y me felicitaron por mi discurso que lo dije de corrío, aunque me se atragantaba tanto pueblo soberano como solté. Yo, tío, estoy muy contento, y en otra ansí me hacen alcalde y hasta diputao, que no seré yo de los diputaos que no hablan ná y cobran sus pesetas, sino que hablaré pa ganarme honramente lo que me den. Ha venío mucha gente por mi casa pa felicitarme y darme la enhorabuena por mi discurso, y me han dicho que yo fuí el hombre del día, aunque aquello fué de noche; pero con to estoy más contento que un perro con un güeso, porque voy para orador como los políticos y en cuanto lo sepa Lerrús me hace algo. El caso es que el Cristo no se ha quitao y yo me he salío con la mía.

Tambien le digo que hemos tenío unos funerales por los probes ceviles malamente muertos en un pueblo de Badajoz. Estaba la iglesia muy adorná y con muchas luces, y en medio pusieron eso que llaman latafanco con fusiles, flores, cintas y to de tela negra, ¡la mar de bien! Asistieron el cabo y los guardias del puesto con mucha gente, y el alcalde, juez y presonas de las prencipales y del pueblo, como cuando se muere uno gordo. Al salir de la parroquia fuimos tras los guardias dando vivas a la Guardia Cevil con mucho entusiasmo. To ha salío muy bien; pues nosotros los de Valdenegrete, cuando queremos, hacemos las cosas por to lo alto, y a entusiasmo no nos gana naide; aunque rabien de envidia los de Navarruiz que son unos pelanas, aunque ellos se crean otra cosa.

No me dejan escribir apenas la gente que viene a felicitarme por lo del discurso, que me va a hacer más celebre que ese Borbonín que paece un león enfurecío y sólo es un gosque ladrador.

Dígale a la tía Basilisa lo del descurso, pa que sepa qué sobrino tiene.

Le envía un abrazo muy apretao su sobrino,

Filiberto Castellano.

Por la transcripción:
Juan de Cuenca.

¡Te conozco, marrullero!

Don Miguel Maura, ya derrotado, como era de esperar, por sus compañeros de revolución y de Gobierno, se dirige en actitud cordial a las derechas y, semejante al lobo de la fábula, cuando inválido no podía cazar, suplica a la oveja:

—«Amiga ven acá, llega al momento,
enfermo estoy y muero de sediento;
socorre con el agua a este infelice.
—¿Agua quieres que yo vaya a llevarte?—
Le responde la oveja recelosa.
—Dime, pues, una cosa:
Sin duda que será para enjuagarte,
limpiar bien el garguero,
abrir el apetito,
y tragarme después como un pollito.
¡Anda que te conozco, marrullero!
Así dijo y se fué, si no la mata.
¡Cuánto importa saber con quién se trata!»

Tan prudente actitud es la observada, con dicho señor, por los principales órganos de las derechas. No debía ser de otro modo. Están muy vivos, los agravios y no estamos tan desmemoriados como él, que, para disculparse, dice que el día diez de Mayo estuvo de campo, sin acordarse que a la hora de los sucesos del Centro monárquico, estaba en Madrid, no lejos de ese lugar; tánto, que oyó misa de doce en la Concepción; que pasó por él cerca de la una; que, un cuarto de hora después, hablaba desde Gobernación con uno de los socios de dicho Centro.

Por lo que sucedió después se infiere que ya tenía *orden* de los demás Ministros de prohibir a la fuerza pública que impidiera cuantos atropellos se cometieran contra los monárquicos, según se confirmó a las cinco de la tarde, cuando a pesar de la muchísima Guardia de a caballo concentrada junto al Círculo monárquico y circundado el furgón, se permitió a las turbas sacar del mismo y apalear a los socios maniatados, que en él habían sido introducidos.

No satisfecho con ésto, tuvo el Sr. Maura, durante aquella tarde y al día siguiente, palabras imprudentes; atribuyendo a los monárquicos un complot en el que se servían de los comunistas para incendiar conventos, imputando circunstancias que no demostró, pero que servían de motivo para enardecer a las masas contra las derechas, so pretexto de darles un merecido escarmiento.

Si la ausencia la alegó para exculparse, no le sirve, por incierta; y si todo lo que dice, es tan exacto como eso, no merece crédito.

No olvidamos el *sospechoso silencio* que observó durante toda la tarde y noche del diez, en no rectificar al público la extendida noticia del fallecimiento del chofer, que se supuso muerto por los monárquicos; noticia que enardecía a las masas y que se explotó para incendiar autos y para lanzar a los obreros a la huelga.

No comprendemos cómo pueda ser cierto que en un día de inquietud como la del once de mayo, desconociese el Ministro de la Gobernación el incendio del convento de la calle de la Flor, hasta las doce, habiendo comenzado a las nueve y veinte; estando allí a las diez, dos parques de bomberos y conociéndolo todo Madrid a las once.

Igualmente es increible y vituperable que estando la circulación suspendida y una imponente muchedumbre congregada en la Puerta del Sol, desde las diez de la mañana, y sobre todo a las once, cuando la noticia era del dominio público, no se dirigiera al pueblo la más pequeña arenga, requiriéndole su ayuda por honor de España, decoro de la República y sentimientos de humanidad, para la extinción del incendio, para salvar la vida de unos conciudadanos y el fruto de su trabajo; aunque se prometiera que después la República haría con ellos lo que le pareciera justo.

Y por si el desamparo fuese leve falta, la acentúa el Sr. Maura permitiendo las insidias y vejámenes que se prodigaron en aquellos días contra los religiosos, imputando a las derechas cargos relacionados con los incendios y llamándolas cobardes por no haberlos impedido, cuando él, que tenía las riendas del Poder, las aflojó para que el Gobierno se complaciese en ese espectáculo y las usó para perseguir a expresadas fuerzas.

Objeta el Sr. Maura, que carecía de poderes; alegación que no se compagina con el aserto del Presidente, de que en ese Gobierno cada Ministro tenía más facultades que las corrientes; ni con la afirmación del Sr. Maura, de que otro de sus compañeros se las tomaba para autorizar en su propio Departamento actos y lecturas inusitados contra él contra y la Guardia civil, a ciencia y paciencia suya.

Es decir: que el que acusa a sus subordinados de no tener idea de la responsabilidad, ni de la dignidad del cargo, estaba soportando ese ultraje, sometido a los demás y colocado donde a ellos les convenía.

Entonces, recabó plenos poderes. Y, ¿para qué le sirvieron sino para imponer multas, suspender *El Debate* que nada tenía que ver con el asunto del día 10, y 13 periódico más; tratar de arruinar al *A B C*; clausurar Centros, aun no monárquicos, con tal de que no fuesen adictos; vejar y perseguir al Cardenal Segura; elevar las multas que por cosas nimias imponían los gobernadores a los periódicos de las derechas; desamparar sus actos; tratarlas con acritud y suspender Ayuntamientos?

Hacer, después de todo esto, un requerimiento a sus perseguidos, semeja la conducta de la zorra para con el gallo, diciéndole:

«Ya cesó entre nosotros una guerra
que cruel repartía sangre y plumas
al viento y a la tierra.
Baja, daré para perpetuo sello
mis amorosos brazos a tu cuello».

Así es que, como aquélla, ha merecido la repulsa.

En verdad, ni aun arrepentimiento ha tenido, sino intento de justificación de su conducta. Pero ésta contradice de tal modo sus palabras, que nosotros atendemos más a éstas que a aquélla, porque obras son amores y no buenas razones; y las obras, lejos de abonar la ejecución de cualquier buen propósito (que no negamos), hace temer la esterilidad de todo sacrificio, tánto porque *el que hace un cesto hace ciento*..., como porque el que no tiene palabras, ni actos de justicia para con las derechas y les reserva todo su valor para tratarlas con dureza, descubre su animosidad contra las mismas.

Su primer fracaso contribuyendo a hacer una República agria y triste, no es la mejor recomendación de su persona; quien defraudó a las masas y a sus electores y se confió, sin eficaces garantías, a sus compañeros de aventuras, no inspira confianza para que se le ayude a una nueva.

Creemos, además, que aunque tengamos grandes coincidencias con el Sr. Maura, es poco menos que imposible la colaboración que pide, y antidemocrática y contradictoria su tesis de que a pesar de que las Cortes estén divorciadas de la opinión, hay que seguir gobernando con ellas, y de que no obstante que los vicios de la Constitución justifican las protestas del país, hay que aceptarla.

HERRERA,
Afiliado a la A. C. de Cuenca.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Defensor de Cuenca, El. 30/1/1932.